

CARRASCO MARTÍNEZ, Adolfo: *Pasión estoica. El estoicismo en la cultura de la primera modernidad 1580-1650*, Madrid, Dykinson, 2023, 498 págs. ISBN: 978-84-1170-826-5.

Igor Sosa Mayor
Universidad de Valladolid

Si aquellos famosos siete personajes pirandellianos estaban a la búsqueda de un autor, otro tanto se puede decir del libro reseñado, esperando como estaba desde hace tiempo que alguien hilvanara conocimientos acumulados durante décadas, que alguien relejera con mirada buida las fuentes, que alguien condensara ideas y propusiera nuevas líneas de investigación. Y la espera tuvo su recompensa, pues quiso la fortuna de que por el camino se cruzara Adolfo Carrasco Martínez, uno de los mayores expertos mundiales en estas lides.

Indudables son las dificultades del empeño del autor: sistematizar el pensamiento de los estoicos del período analizado requiere de una lectura puntillosa de las fuentes y sus circunstancias, pues buena parte de las ideas estoicas se plasma de forma oblicua en los escritos o se suspende en paradojas desconcertantes. Pero Carrasco Martínez no rehúsa combate alguno y no escatima en esfuerzos a la hora de enfrentarse a la tarea o a la hora de tomar decisiones a favor o en contra de interpretaciones concretas. En este sentido, entre las virtudes deslumbrantes de la obra está el hecho de que el autor nos lleva desde la interpretación minuciosa y erudita de un cuadro de Rubens hasta las alturas de los debates en torno a la modernidad y la concepción del yo. Por si fuera poco, el libro despliega una prosa pulida y envolvente que guía al lector por los recovecos del jardín intelectual estoico.

El título, *Pasión estoica*, es ya, en su propia paradoja, una andanada intelectual que interpela al lector y que remite a las estructuras mentales del estoicismo de la primera modernidad como nos expone con nitidez el autor en las páginas introductorias. En su estructura formal, la obra se descompone en una introducción, una post-introducción y cuatro capítulos. Todo desde la importante decisión metodológica del autor de transitar desde el estoicismo «a las mentes cristianas angustiadas por la fragmentación y la confrontación confesional», en lugar del camino inverso. Y una pregunta mollar y retadora ya desde el inicio: ¿cómo fue posible que una filosofía monista, imanentista (y con claros resabios materialistas) circulara a sus anchas por la Europa cristiana del momento? Pues no hay duda que de todas las filosofías de la Antigüedad, el estoicismo presentaba la faz más enigmática con respecto al cristianismo. Si de una parte, las similitudes parecían dominar la superficie, de otra, a poco que se escarbara, brotaban estridencias e incompatibilidades lacerantes.

En la «Introducción a la sombra del Pórtico» el lector se ve acompañado con pluma firme por los recovecos de la inconmensurabilidad bibliográfica del fenómeno. No es la finalidad del empeño yerma erudición académica, sino que el esfuerzo emana de una de las grandes cuestiones que nos salen al paso de forma recurrente en la obra: cómo caracterizar en términos culturales e intelectuales el (neo)estoicismo, cómo ubicarlo en el panorama de los debates filosóficos de la Europa occidental del momento. De ahí que el autor nos ofrezca un abanico de caracterizaciones complementarias como «filosofía del exilio interior», «ensayo de modernidad basado en una perspectiva subjetivista y existencial», «vía intermedia frente a ortodoxias y heterodoxias», etc. Y de ahí también que sobre el prefijo *neo-* y su exigencia a la hora de debatir sobre el tema entre manos, Carrasco Martínez abogue por renunciar a disfrazar de *neo* lo que a su juicio es estoicismo sin más.

La post-introducción «Controversias y ambigüedades: Lipsio y el estoicismo» ilumina al lector por un lado sobre los debates contemporáneos en torno a la filosofía de la Stoa, sobre

su apariencia inofensiva y su contenido perturbador. Que en el estoicismo de la primera Edad Moderna la figura de Justo Lipsio descuella por derecho propio, no ofrece mucho espacio a la interpretación. De ahí que, por otro, Carrasco dedique largas páginas al autor brabantón pues tan importante como su vida y su obra fueron su muerte y las interpretaciones que de él se sucedieron. El autor nos muestra a Rubens como el artífice decisivo en la construcción de la imagen elogiosa de Lipsio (académico, sabio estoico, humanista, etc.) o, entre otras cosas, ilumina la vinculación siempre bajo sospecha de Lipsio con la *familia charitatis*.

Habiendo rondado temas sustantivos del estoicismo, lo cierto es que será a partir del capítulo 1 intitulado «Religio stoici. La cuadratura del círculo» cuando el autor se adentre en las espesuras del pensamiento estoico. Y el abordaje principia nada menos que con las erizadas relaciones entre el estoicismo y el cristianismo, lugar donde crepitan tensiones insalvables. En este sentido, el gran problema del estoicismo para mentes devotas era un dios que sería a la vez razón universal y naturaleza sin olvidar una querencia hacia lo corpóreo (o material). De ahí que el autor nos acompañe cuidadosamente por las disquisiciones lipsianas en su *Manuductio* y su *Physiologia* destinadas a cohesionar la idea divina estoica con la cristiana. Y si la idea de dios era peliaguda, la *prónoia* o *providentia* añadía aún más dificultades pues incidía en asuntos poliédricos como el destino, el azar, la libertad o autonomía del individuo, sin olvidar la sombra alargada del problema de la existencia del mal.

Carrasco Martínez se asoma posteriormente («Vivir la vida. Muerte e inmortalidad` y `Suicidio») a elementos mollaros de la filosofía vital del estoicismo y plantea la tesis sustantiva de que «la singularidad del discurso estoico en torno a la muerte contribuyó a fundamentar una manera nueva de reflexionar sobre la condición humana», como objeto autónomo de reflexión y de autorrealización, lo que para el autor inducía a «replantearse la noción de inmortalidad al margen de la promesa de trascendencia». De ahí el gran tema del suicidio estoico que no era ni problema ni objetivo, sino un instrumento capital al servicio de una correcta gestión de la autonomía individual del sabio estoico.

Páginas luminosas dedica el autor a dilucidar la absolutización de la virtud de la constancia en la ética estoica trazando su relación con la teoría de la virtud estoica (que no era la aristotélica). Navegando por las aguas procelosas de los escritos estoicos, Carrasco nos expone la Stoa como un proyecto de autosuficiencia en el cual la virtud del individuo depende solo de su juicio, indiferente al consenso social o la regulación normativa. Estaríamos ante una ética eudemónica, perfeccionista e intelectualista, que a través de la apatía buscaba que el individuo alcanzase un estado de ataraxia. Todo ello situado —Carrasco perfila el marco magistralmente— en el contexto histórico de la paulatina reflexión europea en torno a las pasiones, las emociones y los afectos como vía de conocimiento de la condición humana.

Una tesis fuerte arranca el capítulo «Imperium in imperio. Pensar estoicamente en el yo», la de que «el estoicismo ofrecía una alternativa, sea consolatoria, sea defensiva, sea incluso proactiva» ante la expansión amenazante y continuada de los tentáculos de la política y las iglesias, una alternativa «de raíz ética, que iba desde el reforzamiento interior a la emancipación». Sin miramientos el autor encara una cuestión mollar de la propuesta estoica: entender el yo estoico anterior a la Ilustración y a Descartes no como antecedentes, sino «como hallazgo y materia de debate en su propio contexto». Un debate que no puede obviar las anfractuosidades de la relación entre libertad y determinismo, para lo que los estoicos ofrecieron una propuesta de liberación en tanto que la libertad sería interior o no sería.

Un ramillete de temas permite al autor perfilar el perímetro de sus reflexiones respecto al proyecto estoico del individuo. Enfrenta así la introspección estoica a la meditación cristiana, tan parecidas en apariencia y tan disonantes en lo sustantivo. Se asoma también al ideal solitario como forma de buscar unas condiciones apropiadas para cuidar satisfactoriamente de uno mismo (*intra me maneo*). Y ulteriormente explora con maestría cuáles son los caminos de la escritura estoica de la conciencia, para en un último paso desentrañar el periplo de la obra de Marco Aurelio y su tardía asimilación.

Cuando el lector pensaba que no podía surgir una complicación más entre el proyecto estoico y el mundo circundante, Carrasco Martínez nos sumerge en el fascinante capítulo sobre las relaciones entre el estoicismo y la política advirtiéndonos que nos hallamos ante el reto más difícil («Razón imperfecta. El estoicismo ante la política»). Al igual que en otros momentos de la obra, se impone una mirada detallada a cuáles eran las doctrinas estoicas en la Antigüedad. Si bien esas ideas no resultan del todo discernibles, insoslayable es la constatación de que el estoicismo (radical) y la vocación política se repelen: tanto en su vertiente de gestión de las instituciones como en su vertiente de la confrontación política. En puro estoicismo, el sabio no necesita al Estado «porque la experiencia racional y natural del individuo es por definición indiferente a cualquier forma de organización externa a él mismo» y porque el mundo de la política es el reino de la volubilidad.

Con todo, los estoicos de la Edad Moderna no se sustrajeron a las implicaciones políticas de su postura intelectual. Por un lado, el propio Lipsio publicó su *Politicorum* (1589), su libro más leído y más poliédricamente entendido, al que el autor dedica un espacio acorde a su relevancia desentrañando la centralidad de los conceptos de prudencia y clemencia en la oferta lipsiana. Pero el universo estoico disponía, por otro lado, de todo un arsenal de trayectorias y muertes (Catón, Séneca,...) que suscitarán el debate sobre la eficacia de la intervención en la política del estoico y cómo evaluarla (por sus motivaciones o por sus resultados). En una mezcla de erudición y perspicacia notables el autor analiza en este sentido muchas de las inesperadas interpretaciones del poema histórico *Farsalia*, de Marco Anneo Lucano. Un último apartado se adentra en las interpretaciones de Séneca en el contexto de la España del siglo XVII.

Otro objetivo de la obra —plenamente logrado— remite a desvelar la urdimbre netamente internacional (o cosmopolita) del estoicismo. Por las páginas carrasquianas el lector viajará por toda la geografía de Europa occidental pues junto a Lipsio harán acto de presencia autores como Caspar Scioppius, Guillaume du Vair, el jesuita Martín Antonio del Río, John Milton, el poeta escocés William Drummond, Francisco de Quevedo, Michel de Montaigne, Francisco de Galaz y Varahona y un sinfín de nombres.

El libro se corona con un cuarto capítulo («Hércules o Narciso. Sabios de una sabiduría (im)posible») donde el autor desgrana cuáles fueron las imágenes y las concepciones del sabio estoico —y por ende, del estoicismo— tanto por parte de los propios estoicos como de sus detractores a través de la tradición textual y visual de Hércules y Narciso. Como ha hecho a lo largo de la obra, el autor sitúa el fenómeno estoico en un marco más amplio y nos recuerda que no fue únicamente un refugio intelectual y emocional, «sino que trató de configurar una vía de acceso a eso que denominamos modernidad, que fue frágil en su estructura pero que trazó itinerarios que se recorrerán en el futuro». Sería por tanto una incipiente alternativa que apuntaría a un cambio de paradigma que no llegaría —y no de forma lineal— hasta más tarde. Una oferta intelectual que —en palabras del inicio de la obra— mostró una «zona fronteriza donde resultaba posible pensar en la divinidad como razón universal y que se podía participar de él en la medida en que era la misma razón que anidaba en la propia conciencia», que apuntó a la posibilidad de «una vida feliz en el mundo sublunar eliminando la trascendencia», a «no tener miedo al sufrimiento a cambio de eliminar la esperanza» y a «superar la ominosa acción del poder accediendo a la libertad interior».

Muchas cosas se han quedado en el tintero (las relaciones entre la emblemática y la teoría del lenguaje de los estoicos, por ejemplo), pues la obra de Carrasco rezuma reflexiones e hilos argumentativos en cada página. Una obra, en suma, que transpira conocimiento, que zarandea tesis asentadas, que transita de la erudición a la perspicacia y de la certidumbre a la paradoja. El resultado es un libro que alcanzará el rango de clásico sobre la materia durante muchos años.